



JOSÉ ROBERTO ARZE

REALISMO E IMAGINACIÓN EN CERVANTES

(Glosas a algunos pasajes del "Quijote")

2005

© Rolando Díez de Medina, 2008
La Paz - Bolivia

REALISMO E IMAGINACIÓN EN CERVANTES (Glosas a algunos pasajes del "Quijote")

Por JOSÉ ROBERTO ARZE

"... porque los sucesos de Don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa".

Cervantes. *Don Quijote*. Pt. II, cap. XLIV

La imaginación, a juzgar por lo qué de le psicólogos y los hombres cultos, es una de las facultades más poderosas del ser humano. En la primera acepción que le da el **Diccionario de la Real Academia Española** (en adelante: DRAE se la define como la "facultad del alma que representa las imágenes y apariencia de una cosa". Traducido a términos más científicos, tal como se presenta en algunas corrientes gnoseológicas (si no en todas) la imagen es concebida como uno de los fundamentos del proceso cognitivo humano, que a su vez es la forma superior de reflejo de la realidad.

Sin escharbar en la profundidad de este concepto, bástenos señalar que, entre las varias especies de imaginación, hay dos que interesan directamente al tema de este trabajo: la llamada "imaginación reproductora", que es una especie de evocación de las sensaciones y percepciones directas y de las ideas forjadas inmediateamente a partir de ellas; y la "imaginación creadora" que, recogiendo y combinando de innumerables maneras los elementos sensoriales e ideales del conocimiento, generan imágenes nuevas, algo así como "ensueños" forjadores de nuevas realidades.

En el presente trabajo me propongo glosar algunos pasajes del *Quijote*, que ilustran de manera significativa y con gran deleite estas dos formas de imaginación. El asunto aunque no es nuevo en la profusa bibliografía cervantina, quizá pueda ser redivido en un mundo en que, ante la destructiva realidad, pudiera intentarse convertir en realidad los sueños de don Quijote. Me dejó llevar de la mano, en buena parte, por don Salvador de Madariaga, autor de uno de los mejores y más sabrosos comentarios de esta obra.⁽¹⁾

(1) S. de Madariaga, Guía del lector del "Quijote". 3. ed. Buenos Aires: Sudamericana, 1947.

* * *

CERVANTES: ESCRITOR REALISTA

Se entiende por realismo, en la literatura y en el arte, al "sistema estético que asigna como fin a las obras artísticas o literarias la imitación fiel de la naturaleza", definición de la Real Academia Española que empalma con la otra que considera el realismo como "forma de presentar las cosas tal como son, sin suavizarlas ni exagerarlas". Aunque estas definiciones tienen imprecisiones, creo que expresan con bastante fidelidad la noción común acerca: del realismo. Realista es el escritor o artista que, a través de su creación, trata de reflejar con la mayor fidelidad posible la realidad. Históricamente se convirtió en *movimiento* en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, a través de la obra de los grandes escritores franceses, especialmente Zola, cuya herencia fue recogida por escritores de otros idiomas, como Gorki, que se consideraba discípulo y continuador de ese movimiento. Pero la actitud realista del creador de arte es algo que recorre, no como hilo sino como torrente toda la historia del arte universal, desde las cuevas de Altamira hasta el presente.

En contraste con esta concepción, no faltan autores, como Córdova Iturburu, que sostienen lo contrario: que es falso que el arte sea una "representación más o menos fiel de la realidad" y que "esta concepción es errónea y falsa tanto desde el punto de vista estético como del histórico"⁽²⁾ Esta misma concepción se insinúa en John Gardner respecto a la novela.⁽³⁾

Quizá el error estribe en el "absolutismo" de los partidarios de estas posiciones extremas, entre las cuales hay una rica gama de posiciones que se colocan más o menos cerca de una u otra.

Decimos que el realismo, como actitud del artista, no es exclusivo del *movimiento realista*. Y el caso de Cervantes lo confirma. Su realismo, al decir de Salvador de Madariaga, se enlaza intensamente con su romanticismo. Cervantes no se contenta con "copiar" la realidad, sino que toma partido por valores que considera los más altos: el amor, la valentía, la tenacidad, la generosidad plasmada en una vocación de servicio a los demás.

Pero Cervantes no sólo es realista "de hecho", sino que es "conscientemente realista". En lo que de crítica contiene su novela, el mayor reproche que dirige a las novelas de caballería es su falta de verosimilitud. El pecado de don Quijote no radica en su excesiva afición a la lectura, sino en su falta de sentido de la realidad que permitió que lo condujera a aceptar como verdaderos los relatos:

"Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo". (Pt. I, cap. I. p. 230).⁽⁴⁾

A través de esta certidumbre don Quijote recoge la que estaba generalizada en la gente de su tiempo y que se pone de manifiesto ya en los temores del Ama de que "algún encantador de los muchos que tienen estos libros" vaya encantarlos. El reproche a las fantasías caballerescas y la credulidad popular se repiten con creces en el coloquio entre el Cura y el Canónigo y la airada protesta del ventero cuando el Canónigo sacó a relucir como falsedades las aventuras de los caballeros, pues "que no hubo en el mundo Félixmarde de Hircania, ni Don Cirogilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan", a lo que replica el ventero:

(2) C. Iturburu, *Cómo ver un cuadro*. 5. ed. Buenos Aires: 1966. p.10, 14.

(3) J. Gardner, *El arte de escribir novela*. México: 1987.

(4) Hago las citas de acuerdo con la siguiente edición: M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. de Justo Carda Soriano y Justo Carda Morales. 9. ed. Madrid: Aguilar, 1963. Los subrayados en todas las citas son míos.

"¡A otro perro con ese hueso! [...] ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que había de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!". (Pt. I, cap. XXXII).

(Esta alusión a la autoridad del Consejo Real podría servir de pretexto para reflexionar sobre la censura literaria, que muchas veces la imaginamos como exclusiva de la inquisición católica y que, para vergüenza humana, -subsiste con diferentes matices. Pero dejaremos esto para otra oportunidad).

Quizá no esté demás decir que Cervantes y los críticos de su época trataban sin indulgencia a las novelas de caballería por su carácter nocivo. Es propósito declarado en el prólogo del primer tomo, por boca de su interlocutor:

"...pues esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballería",

aunque no está fuera la intención de "solaz y esparcimiento" de los lectores, más como medio de alcanzar el objetivo que como fin propiamente dicho:

"Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla..." (Pt. I, Prólogo. p. 214).

Este es uno de los puntos más importantes de convergencia entre los dos *Quijotes*, el de Cervantes y el de Avellaneda, cuando este último, en el prólogo a su segunda parte, expresa que el autor de la primera

..."no podrá, por lo menos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lección de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa".(5)

Pero, por lo menos en Cervantes, esta repulsa es parcial, pues, no incide en los méritos literarios de algunas obras que se salvan de la hoguera en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, ni a los valores morales de los caballeros andantes que intenta resucitar en los tiempos modernos.

Aunque el realismo de Cervantes se acoge, en principio, a la verdad histórica ("no hubo en el mundo" tales caballeros), no niega amplio cauce a la "verdad ficticia" o literaria. Así se advierte cuando intenta legitimar la "mentira" en la creación, no en el sentido de su valor moral como propósito de engaño, sino como sinónimo de "ficción" o invención. Es un reproche a quienes confunden la libertad creativa con el libertinaje. Cito:

"... Y si se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderle hía yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible [...] y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe". (Pt. I, cap. XLVII).

EL ENTRONQUE DE LA REALIDAD Y LA IMAGINACIÓN.

Aquí surge el entronque del realismo y la imaginación cervantinas. Cervantes que es realista y quiere serlo, desea al mismo tiempo revivir los valores de la caballería andante. Madariaga apunta la posibilidad de que el secreto propósito de Cervantes era escribir una moderna novela de caballería. Pero en el terreno de la realidad esto era anacrónico, al punto que cuando Sancho Panza tomó conciencia de ello por el diálogo entre el ventero y el cura y la enfática

(5) A. Fernández de Avellaneda. El Quijote: segundo tomo del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha... Madrid: Aguilar, 1964. p. 21.

declaración del primero de "que no seré tan loco que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo", se siente presa de la confusión y entrevé la posibilidad de "volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo", es decir a su vida prosaica, a condición previa de saber el resultado de las andanzas de su amo.

Pero la realidad contemporánea de Don Quijote y Sancho, la de Cervantes, es una realidad en buena parte lacerante, amarga e inhumana, llena de egoísmos y mezquindades. Es el contraste entre "el pesimismo de la realidad y el optimismo del ideal" de que siglos después hablara Mariátegui en uno de sus mejores ensayos. Y se ve cuán amargos fueron los choques de Don Quijote con la realidad. En un mundo así, la resurrección de la caballería andante llega a ser para el autor un imperativo moral ineludible. Don Quijote entra en el terreno de las aventuras al tener convencimiento de

..."la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que emendar y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer" (Pt. I, cap. II, p. 237).

Este anacronismo sólo podía superarse a través de la introducción de la locura en el mundo real, locura de la que participan el personaje (como héroe de las aventuras) y el autor (como pretendiente resurrector de los relatos de las aventuras caballerescas).

La primera (la locura del héroe) está explicada en el relato mismo, al comienzo de la obra:

"...rematado ya su juicio, [Alonso Quijano] vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse [sic] por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama". (Pt. I, cap. I, p. 231).

La segunda (la del autor) se desliza en varios pasajes cosechados por Madariaga. El elogio que hace al justificar sus ficticias indagaciones sobre la historia del personaje de su creación, no tienen nada de ironía:

"Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas [...] Digo, pues, que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas..." (Pt. I, cap. IX, p. 316).

Madariaga rescata esta intención oculta y la eleva en significación, al considerar que "el verdadero origen consciente de *Don Quijote* ha de buscarse, no en el deseo de destruir, sino en la ambición de emular la popularidad del *Amadís de Gaula* y su progenie",⁽⁶⁾ pero dentro de los cánones del realismo, y proporciona como prueba esta declaración de Cervantes por boca del canónigo:

"Yo, a lo menos, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas". (Pt. I, cap. XLVIII, p. 901).

Así, pues, un caballero moderno, de estilo antiguo, sólo podía darse por la noble locura del personaje. Pareciera, sin menoscabo de lo dicho, que en aquella época quedaban aún residuos de la caballería señorial (si tal puede llamarse). A juzgar por el Quijote de Avellaneda, sobrevivían hombres de a caballo, con lacayos y pajes, justas y torneos, diríase hechos a los ensueños de don Quijote. Uno de ellos (en el *Quijote* de Avellaneda) declara:

(6) S. de Madariaga, ob. cit. p. 61.

"Nosotros somos caballeros granadinos, y vamos a la insigne ciudad de Zaragoza a unas justas que allí se hacen, que teniendo noticia es su mantenedor un valiente caballero, nos hemos dispuesto a tomar este trabajo, para ganar en ellas alguna honra, la cual sin él es imposible alcanzarse". (Cap. I, p.35).

Instalada la locura caballeresca en el mundo real, entroncada con él, emergen como realidad fantástica pero al mismo tiempo racional y congruente. Sólo en un mundo de esta clase pueden adquirir realidad los hechos inverosímiles criticados por Cervantes, como el que un solo hombre pueda enfrentarse a ejércitos enteros, a leones, liberar engrillados y pretender salir victorioso, gracias a la fuerza que nace del amor a la dueña de su ser y la ayuda no menos importante de los magos que simpatizan con uno y que a su vez han de tener que enfrentar a otros magos malhechores.

Hay en este entronque un dualismo interesante de realidad y fantasía que suele destacarse: los gigantes convertidos en molinos o en odres: de vino, los militantes de un ejército, en ovejas y otros adversarios de don Quijote, son productos fantásticos: pero los agravios y maldades que portan, o se supone que portan estos seres, son reales. Esta oposición y coexistencia de fantasía y realidad que se toman un solo cuerpo es, a mi juicio, uno de los elementos más apasionantes del Quijote.

La realidad se presenta, a menudo, en esta obra, como portadora de antivalores que transitan desde la simple travesura de los muchachos de Barcelona, de encajar bajo las colas del rucio y Rocinante "sendos manojos de aliagas", provocando los corcovos de los animales y la consiguiente caída de los jinetes, hasta la deslealtad e ingratitud sin límites de Ginesillo de Pasamonte, ladrón del rucio e incapaz de reconocer el servicio hecho por don Quijote; pasando por el incumplimiento de la palabra otorgada por el villano patrón del mozo; Andrés, la sutil crueldad de los duques, y la implacable de la Santa Hermandad, etc.

Las virtudes a su vez se encarnan en el mundo fantástico de don Quijote, rescatados de la frondosa selva de la literatura caballeresca, cuya ética parece sustentarse sobre dos grandes pilares: el amor y el honor. Pero en verdad son muchas las virtudes y de tantas me permitiría señalar cuatro como las sobresalientes en el relato: el amor, la generosidad, la valentía, la gratitud y el honor.

El amor: rasgo inmerso en el 90% de la narrativa y la poesía antigua y moderna y en el 100% de la caballeresca... Al referirse a los "rasgos más típicos" de los libros de caballería, dice Madariaga:

"...este género curioso se distingue primero por un concepto del amor como una pasión de calidad exigente y absoluta, una cuasi religión, en aras de la cual arrostran los hombres toda suerte de peligros y quiebran, las mujeres toda clase de convenciones sociales".(7)

Don Quijote de la Mancha, antes de transitar las rutas de su ensueño, busca una Dama a quien dedicar sus hazañas, ante quien se hincan de rodillas los vencidos, y la rebautizó también con nuevo nombre y, por el apellido, el lugar de donde era ella: Dulcinea del Toboso. Muchas glosas podrían hacerse sobre la profesión de amor del caballero manchego a su ama y señora, provocando en más de una ocasión las burlas del "realista" Sancho...

Mas este amor es no sólo a Dulcinea, sino al prójimo en general, amor que, en uno de los momentos más sublimes de relato, se plasma en la paternal protección del caballero a su escudero y que se confunde, en cierto modo, con la segunda virtud: la generosidad incondicional (el servicio no sólo a la humanidad en abstracto, sino a los seres humanos en concreto). En otras palabras, la generosidad de don Quijote no es una mera declaración, sino una práctica vital. Un pasaje revelador, entre cien, es la respuesta que da a quienes lo invitan a entrar a Barcelona:

"Llebadme do quisiéredes; que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio". (Pt. II, cap. LXI, p. 1675).

(7) S. de Madariaga, ob. cit. p. 51.

La valentía, acompañada de la tenacidad, para enfrentar el mal es también rasgo esencial de la caballerosidad y, por eso, no sólo don Quijote es portador de estas virtudes. Ellas afloran en otros personajes que, si bien no llegan al extremo de la locura de don Quijote, dan pasos hacia ella. Parte de la valentía es enfrentarse al enemigo (gigante, ejército, sicarios...) sin medir su fuerza: pero es también expresión de valor abandonar las comodidades y riquezas y asumir el sufrimiento y la pobreza. Este primer paso lo dan varios personajes en el Quijote, ya sea para convertirse en pastoras (como Marcela y Dorotea), ya para elegir la soledad (como Cardenio, que penetra con sus desvaríos en la Sierra Morena), ya para emular con el caballero (como el mismo "Sancho que paulatinamente se va "quijotizando")...

Sobre la gratitud, veamos las razones que expuso Sancho para permanecer junto a don Quijote:

"Si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fue mi suerte y esta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo; somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérole bien; es agradecido; díome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda partar otro suceso que ella pala y azadón". (pt. II, cap. XXXIII, p. 1358).

El honor no es sólo locura... es componente magistral del alma hispánica, pero aporta en el relato sus mayores pruebas en su protagonista. Sirvan de ejemplo dos episodios. El primero, de don Quijote que, derrotado por el Caballero de la Blanca Luna, se niega a declarar que la dama de éste "es sin comparación más apreciable" que Dulcinea del Toboso y elige voluntariamente la muerte como alternativa:

"Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la Tierra, y no es bien que flaqueza defraude esta verdad. ¡Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra!". (Pt. II, cap. LXIV, p. 1718).

El segundo, de Sancho que, ante el elogio de su hija, a quien criaba para condesa, recibe esta provocación del escudero del caballero de los Espejos del Bosque y la consiguiente protesta:

"—Partes son esas —respondió el del Bosque— no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!

A lo que respondió Sancho, algo mohino:

-Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere.(8) Y háblese más comedidamente; que para haberse criado vuestra merced entre: caballeros andantes, que son la mesa cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. ". (Pt. II, Cap. XIII, p. 1112).

Igual carácter asume la honrada renuncia de Sancho al gobierno de Barataria, que motiva esta declaración:

"...desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas". (Pt, II, cap. LIII, p. 1582).

Hay algo, en fin, que, según Madariaga, emparenta a Cervantes y sus personajes. Es el *afán de gloria*, ya sea por las letras (Cervantes), por la armas (*Don Quijote*) o por el poder (Sancho). Aflora explícito en esta novela, pero también en otras, o, cuando menos, en *El Licenciado Vidriera*, en quien la gloria se trata de alcanzar por el saber y el estudio. No quiere confesar ante los caballeros que lo descubrieron dormido al pie de un árbol, ni el nombre de sus padres ni el de su patria hasta que pueda honrarlos, ¿y cómo?:

(8) Garabatos que, traducidos al esperanto, por Fernando de Diego, dicen: "... Ho la putino, filino de putino! Grandan piĉon certe ŝi havas! [...] Nek ŝi putinas, nek ŝia patrino putinis, nek ili putinos dum mi vivos, se Dio ne disponos alie...". (La ingenia hidalgo don Quijote de la Mancha. Zaragoza: 1977. p. 462); y en francés, según la versión de Aline Scullman: "... Ah, putain de la mere, elle doit avoir les chair sacrement fermes, la coquinel [...] Il n'y a pas de puntain chez moi, pas plus la mère que la fille. Et Dieu le permet, acune de deux ne le sera tant que je serai en vie... ". (*Leingénieux hidalgo don Quichotte de la Manche*. Paris: 1977. t. II, p. 102).

"—Con mis estudios —respondió el muchacho—, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos".

Su deseo era llegar a Salamanca. Y al igual que a don Quijote, le acometió también...

"...la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. Imagínese el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque lo quebrarían: que real y verdaderamente el no era como los otros hombres: que todo era de vidrio, de pies a cabeza".(9)

Y, como don Quijote, era cuerdo en todo, menos en lo atingente a su estructura vítrea, hasta que al retomar el buen juicio perdió ante la gente el interés que había ganado cuando loco.

Valga la digresión y volvamos a don Quijote.

EL CHOQUE CON LA REALIDAD

La realidad no respeta la grandeza de los ensueños y a cada momento trata de despertar a los ensoñadores. El Quijote está lleno de estos enfrentamientos y choques con la realidad. Está; en primer lugar, la ruptura de la celada, tan cuidadosamente forjada de cartones y encajada en el morrión con lo que "hacia una apariencia de celada entera".

"Es verdad —dice el relato— que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con la que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza, y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje" (Pt. I, cap. I, p, 232).

Es una de las pocas veces en que don Quijote admite, con: reservas, la realidad y actúa en consecuencia; porque en casi todas las demás el choque se disfraza por obra de los encantadores o, mejor dicho, de la imaginación de don Quijote.

Sancho Panza que, al final, termina contagiado de las fantasías de su amo, juega a menudo el papel de espejo real, llamando a su amo al orden, aunque pocas veces con buen suceso.

Una forma especial de llamado a la realidad, es el intento del canónigo de trocar las lecturas de don Quijote sobre caballeros, por la de héroes reales. Consejos muy frecuentes de comedidos consejeros. Como quien diría: "¡Vaya, para qué acudir a fantasías si con las cosas reales basta y sobra!".

"¡Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo y redúzgase al premio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y e aumento de su honra! Y si todavía llevado de s natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes". (Pt. I, cap. XLIX, p. 9199).

Llama la atención este consejo, pues la *Biblia* no ocupa lugar prominente entre las citas de Cervantes, aunque sí suficiente como para demostrar su versación en el libro sagrado. Hay algunas en *Quijote*, algunas más en *El licenciado Vidriera* (buena parte de éstas en latín) y seguramente en otras novelas suyas... Las prohibiciones inquisitoriales, en la cultura hispano-católica, habían alcanzado —seguramente por vía de simple recomendación— a los libros

(9) M. Cervantes. "El Licenciado Vidriera", en sus Novelas ejemplares. Moscú: Progreso, 1976. p.124.

sagrados, que la gente común no podía leer sin orientación del confesor. En el caso del relato recomendación era dada por el Canónigo, lo que la limpiaba anticipadamente de impurezas...

Y viene luego la letanía de héroes históricos como César, Aníbal, Alejandro, el Cid y varios otros, lo que redundará —decía el canónigo— en erudición de don Quijote y enaltecimiento todavía, mayor de sus virtudes... Un llamado a volver los ojos a la realidad que no convence a don Quijote y provoca su airado rechazo... Es curioso que esta táctica "pedagógica" retorne en el *Quijote* Avellaneda, quien al comienzo presenta a don Quijote leyendo el *Flos Sanctorum*, libro no menos fantasioso que los de caballería y a cuya inspiración habría que atribuir no pocas ordalías en tiempos de la Edad Media y la inquisición.

Pero el choque más fuerte y fatal con la realidad es el retorno final de don Quijote a la cordura, cuando se desmorona el héroe poco antes de morir. Es el momento cuando se sufre la paradoja letal en que don Quijote, "recobrada la razón y perdida la razón de vivir", se extingue para siempre. Es insensible a los intentos de sus amigos de "reanimarle recordándole sus ilusiones pasadas"⁽¹⁰⁾ y a los requiebros de Sancho que le dice que "la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que la de su melancolía" (Pt. II, cap. LXXIV, p. 1812). Don Quijote reniega de su nombre de combate y de sus aficiones caballerescas, que es renegar de su vida entera.

IMAGINACIÓN REALISTA E IMAGINACIÓN FANTASIOSA

La imaginación realista y la imaginación: fantasiosa se asientan en todos los pasajes del *Quijote*. Pero creo que no hay ninguno tan extenso, grato y sabroso como "*los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza*", al retorno de éste a la Sierra Morena tras su frustrada entrevista con Dulcinea, razonamientos que componen los capítulos XXX y XXXI de la Primera Parte.

Aquí se presentan en conflicto dos formas de imaginación: la idílica y ensoñadora de don Quijote y la realista de Sancho Panza. Aquí el choque de don Quijote no es, como en otros casos, un choque directo con la realidad; sino el choque de dos fantasías, de dos "mentiras" si se quisiera usar este término en el matiz atenuado que le da Cervantes, que podrían resumirse de la siguiente manera.

Todo empezó con la indagación de don Quijote sobre la forma en que Sancho cumplió la misión encomendada:

"—...dime ahora, sin tener en cuenta con enojo ni rencor alguno: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la trasladó? Y todo aquello que vi eres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadidas o mientras por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármelo". (Pt. I, cap. XXX, p. 642)

Demasiadas preguntas para quien no había llevado carta alguna (porque ella quedó en el cuaderno de notas de don Quijote, en la Sierra Morena, ni vio ni mucho menos habló con Dulcinea (porque a mitad de camino, el cura y el barbero le instigaron a que volviera con ellos y contara a don Quijote cualquier historia creíble). Sancho estaba, pues, obligado a mentir, a imaginar, y no caer en trampas que voluntaria o involuntariamente le tendiera don Quijote. Para ello, su "mentira", como diría Cervantes en otro capítulo, "tenía que parecer verdadera".

Don Quijote incrementa su interrogatorio introduciendo suposiciones embellecedoras de Dulcinea, que responden a su pura imaginación y que a cada momento tienen que ser desmentidas por Sancho. Don Quijote suponía que Sancho la halló "ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero", que los granos que tocaba con sus manos "eran granos de perlas", que al recibir la carta la besó y puso sobre la cabeza haciendo "ceremonia digna de tal carta", que hizo preguntas al portador, y que emanaba "un olor

(10) S. de Madariaga, ob. cit. p. 231.

sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre", cual si fuera una "rosa entre espinas", un "lirio del campo", un "ámbar desleído"... todo un conjunto de ilusiones que convertidas en preguntas esperaban de Sancho respuestas afirmativas.

Sancho, por su parte, miente intentando reproducir lo que sería la realidad y responde indicando que no la halló ensartando perlas, "sino ahechando dos hanegas de trigo en su corral de su casa", que no quiso leer la carta porque no sabía leer y que terminó rasgándola, que no le preguntó nada aunque, de propia voluntad, Sancho le relató la manera en que el enamorado caballero hacía penitencias, y que el olor que despedía no era el que suponía don Quijote, sino "un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa". Y por último, cuando don Quijote manifestó su sorpresa por el pronto retorno de Sancho Panza tras haber cubierto un camino que exigía muchas jornadas, vino en ayuda de Sancho la suposición de don Quijote de que "algún sabio amigo te debió llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses". Alivio muy grande para el escudero que no habría podido explicar verosimilmente su veloz regreso. (Pt. I, cap. XXXI, p. 642-648).

Difícil es saber si estas "mentiras" de Sancho fueron forjadas con más dificultad que otras a que recurrió en escenas posteriores para engañar a su amo con sus mismas armas, como ocurrió, por ejemplo, con el encantamiento de Dulcinea, que le trajo problemas más tarde. Es enternecedora la perplejidad de Sando cuando la duquesa le dice:

"Tengo por cosa cierta y más que averiguada que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar a su señor y darle a entender que la labradora era Dulcinea y que si su señor no la conocía, debía de ser por estar encantada, toda fue invención de alguno de los encantadores que al señor don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dio el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado..." (pt. II, cap. XXXIII, p. 1361).

Y es tierna también su protesta cuando se informa de que para el desencantamiento de Dulcinea tenía que darse "tres mil azotes y trescientos" porque tal exorcismo debía pagarlo su amo que era quien estaba prendado de Dulcinea y "la llama *mi vida, mi alma, mi sustento*". (Ibidem, p. 1382).

ACTUALIDAD DE DON QUIJOTE

¿En qué medida Cervantes creó al Quijote o simplemente lo trajo de la realidad al mundo de la ficción? "...yo, aunque parezco padre, soy padrastro de Don Quijote". (Pt. I, Prólogo. p. 207), había dicho en el prólogo de su obra. Y, en estas palabras, Madariaga encuentra la intuición del genio que "parece darse cuenta de que Don Quijote es más hijo de la Naturaleza que suyo propio".(11)

¿Vive aún don Quijote?

Ya Madariaga decía que esta novela "tiende lastimosamente a convertirse en figura de museo".(12) Mortimer J. Adler apenas la cita entre los grandes libros sin comentarla como comenta otras obras,(13) lo cual haría entrever que en el mundo angloparlante no goza de mayores preferencias. Y esto se confirma con la total ausencia de comentario en *El arte de escribir novela*, de John Gardner.

En contrapartida, innumerables veces se ha enaltecido la actualidad de Don Quijote y de la novela que lo encarna. Los grandes exponentes de la literatura universal siempre lo han exaltado y le han hecho, si no objeto de devoción, por lo menos de admiración.

(11) S. de Madarlagaga, ob, cit, p. 17.

(12) Ibidem p.11

(13) J. Adler, *Cómo leer un libro*. Buenos Aires:

Don Miguel de Unamuno, en su ensayo "El sepulcro de don Quijote" que sirve de prólogo a su *Vida de don Quijote y Sancho*, llama a una cruzada para rescatarlo, como una manera de traerlo a nuestro tiempo, tan necesitado de caballeros decididos a liberar galeotes y desfacer entuertos.

Salvador de Madariaga (a quien debemos gratitud por haber redivido a don Quijote y Sancho a través de su sencilla *Guía*), con razonamiento más frío analiza el realismo de don Quijote y explica su actualidad. No han muerto ni don Quijote ni sus enemigos.

"...los batanes [o molinos], contra los que combatió o hubiera combatido, han ido creciendo hasta convertirse en lo que su fantasía profética adivinó más que imaginara: gigantes de industria, cuyos cien poderosos brazos atenazan al mundo, temibles potencias que laboran en la noche. La ambición de Sancho —ser gobernador de una ínsula— se ha enseñoreado de entonces acá del corazón de los innumerables Sanchos que pueblan la tierra...". (14)

Esta es una de sus varias supervivencias. Pero, "nobleza obliga": Madariaga, con inocultable antidemocratismo, cree también encontrar: una resurrección de la ínsula Barataria.

"...un mágico prodigioso llamado Rousseau, consiguió encantar de tal modo a la ínsula Barataria, que todos en ella fueran a la vez gobernadores y !governados, y a esta ínsula encantada y encantadora la rebautizó *Democracia*...". (15)

Dice además Madariaga:

"Los libros de caballería no murieron más que en la forma, muerte sólo debida a que cada edad requiere formas nuevas; su espíritu no murió, ni morirá mientras viva la especie humana". (16)

Están presentes bajo múltiples creaciones novelescas y cinematográficas, en el libro y en la televisión. Pueden llamarse el "Zorro", el "increíble Hulk" o "Superman". Muchos son detestables como fueron seguramente muchas novelas de caballería hace 400 años; y algunas hasta han sido alimentadas con "mala leche", en curioso contraste con sus predecesoras... Pero todas juegan con el frustrado anhelo popular de justicia y generosidad.

Don Quijote es el símbolo de la utopía eterna y viviente, de anhelos inmortales más reales que la realidad misma. A cuatro siglos de su nacimiento literario, habría podido seguramente suscribir el lema de la revolución estudiantil de Francia de los años 60: "*seamos realistas, pidamos lo imposible*" y adscribirse sin reparos a la Sociedad de Beneméritos de la Utopía que han intentado forjar algunas buenas almas.

Claridad, 1961. p. 214 y 314.

(14) S. de Madariaga, ob. cit. p.

(15) S. de Madariaga, ob. cit. p.

(16) S. de Madariaga, ob. cit. p.

La Paz, 11 de enero de 2005

© Rolando Diez de Medina, 2008
La Paz – Bolivia